

Sócrates y la Filosofía Griega

Fraño Paukner Nogués¹

I- Introducción

La figura de Sócrates se nos presenta, sin duda, como la más conocida en el ámbito filosófico. Si le preguntamos a una persona de la calle por el nombre de algún filósofo, dirá, casi de seguro, "Sócrates". Tal vez algunos digan "Platón" o incluso "Aristóteles". Pero la mayoría encontrará, entre sus borrosos e imprecisos conocimientos de historia de la filosofía, el nombre de Sócrates. Este, de partida, pertenece a una famosa trilogía: Sócrates, Platón y Aristóteles son una triada -casi diríamos, pensando en el halo místico que la tradición impone sobre ciertas figuras, que constituyen una "trinidad"- cuya importancia filosófica está ya consagrada. Ellos son quienes representan la cúspide del pensamiento antiguo, son quienes llevan una disciplina recién inventada, en estreno, a alturas metafísicas y epistemológicas increíbles. Son ellos lo mejor de la antigüedad.

Ahora bien, Sócrates es el primero de la serie, es quien representa el punto desde el cual y gracias a su innovación arrancan dos sistemas filosóficos que como dos ases nacidos de una misma estrella iluminarán con poderosos rayos el horizonte filosófico durante mucho tiempo. Platón perdurará durante diecisiete siglos, hasta el siglo doce, para dejar paso a la irrupción aristotélica que dominará la filosofía hasta el siglo dieciséis, para ser retomado luego en el pensamiento contemporáneo. Sócrates es quien inaugura la trilogía porque, en forma más general, es el primero en ocuparse en filosofía, en verdadera filosofía, es el primero en hacer filosofía total, completa, universal. Esta afirmación recién hecha puede sonar un tanto fuerte. Si es así, su explicación será, a la vez, un intento de suavizarla.

¹ Licenciado en Filosofía por la Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Master of Arts por The University of Iowa, Estados Unidos. Director del Departamento de Fundamentos de la Educación de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Católica del Maule, Talca, Chile.

II- Una Nueva Mirada

La filosofía nace en el siglo séptimo A.C. y, durante doscientos años, grandes figuras llenan el horizonte filosófico de Grecia. Los milesios, los pitagóricos, Heráclito y Parménides se dedican con pasión de neófitos y experiencia de genios a la reflexión sobre el universo sostenido por el ser. Su tema de especulación es la naturaleza, la "fysis", el universo material. Se preocupan de estudiar la composición interna de las cosas, los principios materiales que rigen los procesos naturales y pueden abstraer las nociones metafísicas de "cambio", "movimiento", y finalmente "ser". La realidad está allí, frente a ellos, ingente, maravillosa y virgen, como una gigantesca flor que, abierta al cielo, invita con la belleza de sus colores y la perfección de sus formas a conocerla, a tocarla y olerla. Dentro de la realidad está, como ingrediente y parte de ella, el hombre. Los filósofos presocráticos, entonces, lo transforman también en objeto de estudio y lanzan hacia él sus garfios de abordaje. Desde el hombre y sus apenas conocidas potencias, surgen conceptos: "lo sabio" -el famoso "tó sophón" de Heráclito-; la opinión (dóxa) y el conocimiento cierto (epistéme) de Parménides; el amor y el odio (éros y thánatos) de Empédocles, la vida filosófica (scholé) de los pitagóricos. El hombre, como ser natural, debe ser conocido.

Podemos decir, entonces, que en estos doscientos años de filosofía, los pensadores se abocan al estudio de la naturaleza *incluido* el hombre o, dicho de otro modo, estudian la naturaleza y el hombre.

Terminan estos doscientos años de filosofía cosmológica y llega el siglo V. El gran siglo de oro, el siglo de Pericles. Grecia ha ganado las guerras médicas, el hombre griego se siente triunfador, hay democracia, hay comercio, prosperidad, lujo, tiempo libre y una nueva ocupación: la política. Todos estos cambios sociales e históricos producen un cambio humano: se modifican las expectativas de las personas y eso significa que cambian sus anhelos y sus ideales. El ideal de hombre, el modelo humano que sirve siempre de fanal a la sociedad, cambia. El hombre "bueno y virtuoso", el "kalós kai agathós" se transforma en el "ciudadano", el "polités". Lo importante ya no es el equilibrio de la mente y el cuerpo, el cultivo de la persona integral, el hombre "comme il faut", ahora lo que

importa es el éxito social, el triunfo político, la capacidad para argumentar y convencer, en suma: la participación civil. Y así va a ser entendida la felicidad, "la eudaimonía". Ser feliz es vivir plenamente la vida humana, es decir, la vida ciudadana. La ciudad es el único lugar en donde el hombre puede desarrollarse íntegramente como tal. De este modo, como la política es una ocupación humana, como es el hombre el que la crea y la ejerce, surge la preocupación por estudiar el sujeto y hontanar de esta actividad: el hombre. Nace, de este modo, la ética.

III- La Propuesta Socrática

Este cambio del centro de gravedad de la especulación filosófica predispone a la sociedad entera a adecuarse a él. Esta ingente "antropologización" de la cultura hace nacer a los adalides, a los líderes que guiarán el proceso. De este modo nacen los sofistas. Estos maestros se encargan de preparar a los jóvenes para la vida pública a través de la oratoria, la retórica, el derecho, la historia. Estos profesores itinerantes enseñan a tener éxito, a convencer, a ganar. Y para ello su método consiste en el uso del lenguaje. Un buen retórico sabe cuándo decir algo, qué palabras usar, cuándo callar, qué énfasis se debe hacer, sabe cómo no decir lo que piensa y cómo decir lo que no piensa, y sabe hacer que lo verdadero parezca falso y lo falso verdadero. De esta forma se relativiza el lenguaje y, por ende, todo lo que está hecho de lenguaje: la ley, la moral, la verdad y, lo que es más grave, el pensamiento mismo.

En este escenario antropologizado surge la figura de Sócrates. Como hijo de su tiempo, se va a preocupar del hombre y de su problemática y va a realizar -y este es su mérito- una humanización de la filosofía. Su aparición se debe a dos razones fundamentales: la primera es histórica y la segunda es metafísica.

Vamos a examinarlas.

La primera razón, la histórica, nos presenta a Sócrates como la figura que se opone a la sofística. Por este lado va casi todo lo que se sabe de él, todo lo que lo ha hecho famoso y que ha dado pie para la formación de ese halo mítico que personajes de la nota de Sócrates llegan a tener. En este contexto nuestro filósofo encarna los valores opuestos a los propugnados por los sofistas.

Sócrates representa la pureza del lenguaje como herramienta que permite obtener la verdad y sólo la verdad -recordemos el método socrático de la "mayeútica", es decir, del arte consistente en ayudar a dar a luz- gracias a una especie de parto intelectual en que la verdad surge del interior del espíritu humano. Representa también la objetividad de la moral y la ley siendo él mismo la encarnación del buen ciudadano que vive gustoso en su ciudad, que lucha valientemente en sus filas, que casi nunca sale de ella y que antes que ser desterrado y perder su ciudadanía o huir pasando por encima de la constitución y las leyes, prefiere morir.²

Este gran filósofo representa también, frente a los sofistas la importancia del hombre, como sujeto personal y social. El famoso imperativo socrático: "conócete a ti mismo" no significa sino la afirmación de la persona y del ciudadano a través del conocimiento. En efecto, al conocerse a sí mismo, el hombre conoce sus virtudes y debilidades, sus amores y odios, sus anhelos y desesperanzas y, también, su posición dentro del orden sociopolítico en que está inserto: sabe lo que hay por encima y por debajo de él mismo. Según se lee en el Critón³, por ejemplo, un buen ciudadano sabe que él debe estar por debajo de la ley y de la patria y por encima de cualquier deseo de transgredir el orden existente.

La razón histórica de la aparición de Sócrates como figura antepuesta a los sofistas nos lleva a destacar su sabiduría -declarada oficialmente por la pitia de Delfos- frente a la pseudosofía de los sofistas que no tenían, verdaderamente, ninguna formación ni actitud filosófica.

Esta supuesta sabiduría lo lleva a recorrer las calles y las plazas para probar que él, Sócrates, es sabio porque está consciente de su ignorancia y los demás no son sabios porque creen que lo son. De este modo, entonces, el ideal del filósofo encarnado por Sócrates frente al ideal del sabio representado por los sofistas es simplemente la oposición entre la reflexión y la erudición. Filosofía es la búsqueda del saber que se sabe que no se posee es la quietud en el saber que en algún grado se posee o se cree que se posee.

² Cfr. Critón II parte.

³ Ibid.

La segunda razón del surgimiento de Sócrates es, dijimos, metafísica. Este filósofo realiza un giro intelectual consistente en cambiar la óptica del estudio filosófico. No se trata solamente de un cambio temático. No basta con decir que la cosmología se transforma en ética. Lo que ocurre es algo mucho más radical y sutil. Vamos a explicarlo.

Durante doscientos años, los filósofos filosofaron denodadamente, con ahínco, acerca de la naturaleza y el hombre -como ya dijimos-. Ahora, gracias a la revolución socrática, la filosofía será una reflexión sobre la naturaleza *en* el hombre o *a través* del hombre. En otras palabras, al descubrir la razón, Sócrates humaniza la filosofía para establecer un nuevo objeto de estudio, a saber, el mundo como algo representando, pensando, conceptualizando, valorado y concebido por el hombre. Estudiar la razón significa conocer los objetos que están en ella al modo de ella, es decir, en forma racional, a la humana. Sócrates, de este modo, va a estudiar conceptos, su vida serán los conceptos -Sócrates, dirá Aristóteles, fue el primero que se ocupó en definir- y por ello adoptará un método consistente en la exploración y elucidación de los conceptos que las personas tienen sin saberlo. La filosofía será, entonces, estudio del mundo de la abstracción, del universo en cuanto pensado. Es el hombre el que capta el mundo y allí es donde el mundo debe ser estudiado. No estamos diciendo que la filosofía así entendida sea subjetiva o personal, menos todavía estamos propugnando un idealismo epistemológico, sino que estamos afirmando que sólo se tiene acceso al mundo a través del hombre. Al respecto, la definición de filosofía que nos da el filósofo alemán contemporáneo Joahn Hessen dice: "La filosofía es un esfuerzo del pensamiento humano por lograr una concepción del universo mediante la autorreflexión de sus funciones valorativas teóricas y prácticas".⁴

Esto es filosofía, y por eso decimos que Sócrates es el primero en hacer verdadera filosofía. Para filosofar, nuestro filósofo no va a la naturaleza, no se dirige al universo, sino que se encamina hacia el hombre y su interioridad para hallar, allí, los conceptos y las ideas a través de los cuales es posible conocer el mundo. Kant, hace dos siglos y medio, nos decía que la razón pura, es decir, la razón sin experiencia o, dicho de otro modo, la razón libre de elementos obtenidos

⁴ Johan Hessen "Teoría del Conocimiento". Editores Mexicanos Unidos, S.A.. México, D.F., 1981.

del mundo experimentado o experimentado, es vacía, sólo posee categorías vacías a priori, modos de conocer, formas de preparar la realidad para poder aprehenderla. Y Ortega, hace pocos años nos enseñaba que la realidad radical es la vida, pero la vida de cada cual, mi vida. "El hecho radical, -nos dice Ortega- el hecho de todos los hechos, -esto es, aquel dentro del cual se dan todos los demás como detalles e ingredientes de él, es la vida de cada cual. Toda otra realidad que no sea la de mi vida es una realidad secundaria, virtual, inferior a mi vida y que en ésta tiene su raíz y su hontanar"⁵. Es decir, la realidad existe solamente en la vida de alguien. La vida personal es como una especie de escenario en donde el mundo se presenta. Nadie nunca ha podido salirse de su vida para hacer algo. Y al decir vida personal, hablamos de un hombre que vive, de un sujeto viviente que, gracias a su ser -como viviente- abre un espacio para el conocimiento del mundo.

IV. Conclusión

Es tiempo, entonces, de anunciar la tesis que sustenta este trabajo: Sócrates es importante, genial, porque descubre una necesidad o requisito ineludible para hacer filosofía, para comprender el universo en su totalidad. Y este requisito es el hombre. Sólo puede hacerse filosofía "a la humana", a través de la razón, de la vida, o del conocimiento humano. Gracias al original aporte socrático se han relacionado hombre y mundo en una unidad en la cual uno es el medio para el conocimiento del otro.

La filosofía griega, tan joven e inexperta, alcanza de este modo su completación metodológica y su madurez metafísica. Ya podemos hablar de filosofía sin restricciones. Ya podemos entender que esta disciplina cuenta con todo lo necesario para avanzar, como lo ha hecho durante veintisiete siglos, señera y brillante, guiando los espíritus de grandes hombres quienes, como Sócrates, dieron rienda suelta a su curiosidad natural para acercarse al mundo a través del hombre y bucear allí en aguas profundas, sin luz y sin suelo que pisar, solo afirmados en la grandeza de su intención e iluminados por la estrella de su intelecto, para volver,

⁵ José Ortega y Gasset "Prólogo a una Edición de sus Obras". Obras Completas, Alianza Editorial y Revista de Occidente. Madrid, 1983, Tomo VI, pág . 348.

como el viajero, sin nada en las manos pero con la cabeza llena de imágenes de las montañas, gentes, golfos y tormentas que viera en su jornada.

V- Bibliografía

- Giannini, Humberto BREVE HISTORIA DE LA FILOSOFIA Editorial Universitaria, Santiago, 1989.
- Hessen , Johan. TEORIA DEL CONOCIMIENTO. Editores Mexicanos Unidos, S.A. México, D.F. 1981.
- Platón CRITÓN Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1973.
- Ortega y Gasset , José PRÓLOGO A UNA EDICIÓN DE SUS OBRAS. Obras Completas, Alianza Editorial y Revista de Occidente. Madrid, 1983, Tomo VI.